

ASCENSOR EMOCIONAL

¡Lo que me faltaba! ¡Con prisas y ahora pierdo la tapa del tacón!

Y encima no me he dado cuenta hasta que he oído el sonido rítmico del contacto con el suelo de la acera. Tap tap tap...

Si me acerco al zapatero igual me lo arregla en el momento.

A ver si la encuentro retrocediendo por donde he venido.

¡Sí, ahí está!

¿Qué zapatero si todos los zapateros remendones de Segorbe ya han cerrado?

¿Qué hago?

No me da tiempo de volver a casa y cambiarme los zapatos.

¡No importa! Sofia me está esperando y en la guardería están celebrando el cumple de Ariadna, me toca ir cojeando hasta la guardería, pues eso... ¿No dicen que el ridículo no mata?

Justo antes de doblar la esquina, empiezo a escuchar el “Cumpleaños feliz”, llego en justo con los aplausos, así que me sumo a ellos e intento disimular mi cojera apoyándome en el marco de la puerta. La señorita me lanza una mirada de comprensión, “me pasó lo mismo en la boda de mi primo, tuve que pasarme toda la noche sin zapatos y subimos descalzas desde el restaurante de los cincuenta caños; al final, mi hermana decidió que le venía bien como excusa para quitarse sus taconazos; Ahí estábamos, celebrando y dándolo todo”.

Metó a Sofía en el carrito, aunque nunca es el buen momento para despedirse de sus compañeros tenemos que volvernos. De camino a casa, empiezo a hacer mis planes y ver cómo se anuncia la tarde del miércoles.

Dentro de mi cabeza: Como estuvimos anoche en las urgencias del Centro de Salud, estará agotada. Así que nos vamos directas a la cuna, toca siesta, menos mal que el puré ya está listo. Ah, no te olvides de darle las gotas en los oídos y el aerosol, revisar los correos electrónicos mientras duerme, poner al día las facturas, contestar a un cliente y llamar a otro. Bueno, tengo el tiempo justo, pero no tiene por qué salirme mal.

13:15: Entrás al ascensor, la princesa desliza su mano hasta robarte el llavero con todas tus llaves. Ni la ves.

Dentro de mi cabeza: Ostras, está muy cansadita, voy a meterla directamente a la cama y punto.

13:16: Llegas al 3°. Sales del ascensor. Detrás de ti, ella juega con el llavero. Oyes cómo se le cae el llavero. La caída te parece demasiado larga.

Dentro de mi cabeza: No puede haberse caído...

13:17: ...pues sí. Te descompones. La Princesa grita a lágrima viva. Clong. Las llaves han aterrizado en el hueco del ascensor. Pierdes los nervios. La Princesa se desgañita.

Dentro de mi cabeza: Está agotada. Y ahora, ¿cómo la meto yo en la cama para que haga su siesta? ¡Para una vez que la comida estaba lista! ¿Y las gotas? ¿Y los correos a revisar? ¡Se me acaba el mundo! ¡Se me acaba el mundo!

13:30: “Vamos a enviarle un técnico, señora, pero llegará hacia las cuatro.”

Teléfono: 15 % de batería.

13:35: Llamas al padre para que vuelva del trabajo y venga al rescate lo más rápido que pueda. Está a una hora de carretera.

Teléfono: 10 % de batería.

13:40: Respiras. Pensamiento positivo, y demás blablás. Decides aprovechar esa hora de espera para comer en el bar con tu princesa. Vais a la Glorieta. Te apetece un arroz al horno, la princesa se tomará unas tostadas de jamón serrano con tomate.

14: 40: Llamas de nuevo al padre. No debe de estar muy lejos. Eh, en realidad, no. No está ni de camino. Estaba tan desesperada que no he sabido ni explicárselo. Cuando algo puede salir mal, siempre puede ir a peor. Esta vez, coge el coche. Al menos, eso piensas.

Teléfono: 8% de batería.

Dentro de mi cabeza: ¡Por Dios!

14:45: Tú y tu desesperación os abalanzáis sobre la tarta de chocolate.

15:00: Respiras. Pensamiento positivo, blablá. Decides que todavía tienes una hora para visitar a una amiga. La Princesa compone sus primeras palabras con imanes. Te tomas un café. Te sienta muy bien. Aprendes dos nuevas palabras: *Tate* y *Amonano*.

15:45: Llamas al padre. No debe de estar muy lejos. Eh, en realidad, no. No está ni de camino. Debes empezar a revisar tu manera de comunicarte, reina. Esperemos al técnico.

Teléfono: 5 % de batería

Dentro de mi cabeza: *Amonano*

16:20: El técnico te llama. Ha llegado. Tiene tus llaves. Victoria. No puede entender cómo han podido llegar hasta allá abajo. Tú tampoco.

16:50: Abres la puerta de casa.

Teléfono: 0% de batería.

Dentro de mi cabeza: Nada de nada.

La princesa se ha hecho un pastel de caca antes de dormirse como un angelito. Ni ha rechistado con sus gotas. El aerosol... Bueno, cuando se despierte. Debe de pensar que, gracias a ella, su madre se ha dado el capricho de tomarse un arrozcito al horno y que además hemos ido a ver a Ángeles.

Llamo a mi primer cliente, "Buenas tardes, señor... (*Amonano, no, ¿cómo se llamaba?*)". La dirección de facturación ha cambiado, ya no reciben el correo en la calle Altura, se han mudado al polígono de la Esperanza.

Sofía se levanta remolona de la siesta. Busca los gusanitos en el armario de la cocina e intenta alcanzar los restos de la comida. Nos preparamos para bajar al parque: saca sus zapatos, también los míos. Se va directamente al despacho. La puerta está cerrada lo que significa que la bici está dentro. Hay indicios que nunca fallan.

Al salir al rellano, compruebo que las llaves están en mi bolso, lo compruebo y lo vuelvo a comprobar. Entramos al ascensor en un estricto orden: el carrito primero, luego ella en la bici y el llavero todavía en mi mano.

En el parque de Constitución tenemos suerte, nos encontramos con su quinta: Arya, Israel, Iván, ... Cuando unos llegan los otros se van, pero aun así tienen tiempo de compartir los juguetes. Aprovecho para contárselo a la abuela, reservar cita en el dentista y comentar lo sucedido este mediodía: “Nosotros también perdimos una vez las llaves, se las había regalado a otro niño. Menos mal, que se dio cuenta la madre”.

Mientras sujeto a Sofía en la bici dándole un cachito de colorao, noto que el móvil empieza a vibrar desmesuradamente. Los mensajes zumban en el bolsillo. Ojo, ¿qué está pasando? Escarbo entre los grupos de “*Madres de*” hasta encontrar el incendio.

Leo los últimos wasaps: “¡No puede ser! ¿Seguro?”, “¿Otra vez?”, seguidos de una retahíla de emoticonos que anuncian el color de la noticia:

“Querid@s, tras el cumpleaños de esta mañana, se ha detectado un caso de positivo Covid-19. Por favor, ¿podéis comprobar el estado de vuestro hij@?”.

Lo que nos faltaba. Sofía y yo nos miramos sin saber qué hacer. La farmacia está abierta, cruzamos la acera y pedimos 3 test antígenos. Esta noche nos toca sesión de PCR. Niña, madre y padre nos restregaremos el hisopo por la nariz.

Sofía empieza a cenar, el padre acaba de llegar. Mañana debe volver a València; a mediodía negociará una exclusiva con una cadena de supermercados para proponerles el aceite ecológico del Alto Palancia. Le miro sin decir ni mu mientras hago malabarismos para darle la cena a Sofía.

Dentro de mi cabeza: ¿cómo se lo cuento? ¿por dónde empiezo, por la guardería, las llaves, el arroz al horno, las facturas o la PCR? Decido ahorrar detalles.

“Tenemos que hacernos... Saca tus fosas nasales, querido”. “¿Por?”.

Sofía se divierte viendo nuestros caretos.

Damos positivos. Una semana de cuarentena.

El día todavía no ha terminado.